

tocando á la llama, ora prorrumpiendo en exclamaciones de asombro, ora remedando con énfasis los movimientos del narrador. Alguna que otra cabeza de caballo, avanzando sobre el animado grupo y dibujándose en la sombra, acababa de dar al cuadro pintoresco carácter, sobre todo viéndole sobre el fondo del mar Muerto y de las montañas de Judea.

»Yo, que con tanto ahinco había estudiado las hordas americanas en las orillas de sus lagos. ¿Cómo no contemplar á esa nueva especie de salvajes? Delante de mí estaban los descendientes de la primitiva raza de los hombres, y los veía con aquellas mismas costumbres que han conservado desde los días de Agar é Ismael. Mirábalos en los propios desiertos que les fueron dados por Dios en patrimonio: *Moratus est in solitudine, habitavitque in deserto Pharan;* encontrábalos en el valle del Jordán, al pie de las montañas del Samaria, en los caminos de Hebrón, en los lugares donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra, humeantes aún por efecto de la ira de Jehová y regenerados después por las portentosas misericordias de Cristo.»

Después de una hora de marcha por una llanura sin ondulaciones en la que crecen algunas matas de hierba, éntrase en una zona de terreno muy quebrado en los oteros de tierra caliza se suceden unos á otros mostrando las más caprichosas formas; de pocos metros de altura en un principio van siendo más altos á proporción que disminuye la distancia que del Jordán nos separa. Subiendo y bajando por ellos llegase á una eminencia más elevada que las demás, y desde su cima, se descubre el valle y en medio de él el lecho del río cuyas orillas sombrean frondosas arboledas. Preciso es haber viajado por las regiones que abraza el sol de Oriente para comprender la impresión que causan aquel hermoso follaje y su regalada sombra. Las calcinadas montañas que limitan el horizonte hacen resaltar el encanto de la halagüeña perspectiva, embellecida además por los grandes recuerdos de la religión y de la historia.

«Con el placer que la soledad y la naturaleza inspiran, escribe Chateaubriand, había visto los caudalosos ríos de América; con emoción me acerqué al Tiber, y con igual interés quise ver el Eurotas y el Cefiso; pero lo que experimenté á la vista del Jordán no es para dicho. No sólo me recordó el río una antigüedad famosa y unos de los nombres más bellos que ha esculpido la poesía en la memoria humana, sino que miraba en sus márgenes el teatro en que se realizaron los milagros de la religión. La Judea es el único país del mundo en que halla el viajero, con el recuerdo de los humanos sucesos, el de las cosas del cielo, ha-



V. Labielle Sc.

Salvador Ribas, Editor.

JORDAN

E. 1881.

ando a la tierra, era prorrumpiendo en exclamaciones de asombro, era remedando con énfasis los movimientos del narrador. Alguna que otra cabeza de caballo, avanzando sobre el animado grupo y dibujándose en la sombra, acababa de dar al cuadro pintoresco carácter, sobre todo viéndole sobre el fondo del mar Muerto y de las montañas de Judea.

«Yo, que con tanto ahinco había estudiado las herdas americanas en las orillas de sus lagos. ¿Cómo no contemplar á esa nueva especie de salvajes? Delante de mí estaban los descendientes de la primitiva raza de los hombres, y las venía con aquellas mismas costumbres que han conservado desde los días de Agar y Ismael. Mirábalos en los propios cuarteles que les dio para cada por Dios en patrimonio: *Moratus est de solitudine, habitantibus in deserto, et heremus*, encontrábalos en el valle del Jordán, al pie de las montañas escarpadas, en los caminos de Hebrón, en los lugares donde la voz de Jehová da, el sol, en los campos de la tierra, humeantes aún por efectos de la ceniza de Sodomá y regenerados después por las portentosas misericordias de Dios.

Después de una hora de marcha por una tierra con ondulaciones de montañas y valles, se entra en una zona de terreno que se eleva en forma de cascadas, suceden unos á otros, y van siendo más altos á proporción que disminuye la distancia que del Jordán los separa. Subiendo y bajando por ellos llegase á una eminencia más elevada que las demás, y desde su cima, se descubre el valle y en medio de él el lecho del río cuyas orillas sombrean frondosas arboledas. Preciso es haber viajado por las regiones que abraza el sol de Oriente para comprender la impresión que causan aquel hermoso follaje y su regalada sombra. Las calcinadas montañas que limitan el horizonte hacen resaltar el encanto de la balagüera perspectiva, embellecida además por los grandes recuerdos de la religión y de la historia.

«Con el placer que le sociedad y la naturaleza inspiran, escribe Chateaubriand, había visto los cambiosos rios de América; con encanto me acordaba al Tiber, y con igual interés quisiera ver al Ganges y el Giso; pero lo que experimente á la vista del Jordán, no me olvidaré. No sólo me acordaba el río una autogénesis hermosa y alta, sino que me acordaba más bella que ha esculpido la piedra en la naturaleza, sino que me acordaba de los batagóns el teatro en que se representa el milagro de la religión. La Judea es el único país del mundo en que hasta el viajero, con el recuerdo de los humanos sucesos, el de las cosas del cielo, ha-



V. Labielle Sc.

Salvador Ribas, Editor.

JORDAN

A. Serñá, Dib.

ciendo así, con tal combinación, nacer en lo más íntimo del alma sentimientos é ideas que no inspira otro lugar alguno.»

«En mi juventud, escribe otro peregrino, al acercarme al Tiber experimenté una impresión profunda, pero una impresión que obraba más sobre el espíritu que sobre el corazón; aquí sucedía todo lo contrario: la idea del Tiber y de cuanto recuerda, me dejaba enjutos los ojos; pero no así la del Jordán y de todos los pasajes referentes á su historia.» El corazón está lleno de la idea de Dios: ¡hállase precisamente el peregrino en los sitios de tantos prodigios! se acerca al río más célebre del universo, del río cuyas aguas se dividieron para dar paso al ejército de los israelitas, del río sobre cuyos bordes se oyó la voz del Eterno.

Dirijámonos pues á él meditando los grandes sucesos en el Jordán acaecidos, ya por la infinita bondad de Dios, ya por su justa cólera. La última cuesta, por ser extremadamente rápida, por lo común se baja á pie, de pronto al salir de aquellas hondanadas, encuéntrase el viajero junto á la arboleda que viera antes á lo lejos. Se camina algún tiempo sobre un terreno cubierto de florecencias salinas, hasta que se divisa de repente una línea amarillenta entre dos hileras de hermoso verdor. ¡Es el río tan deseado! Sus bordes, formando un muro de verdor atravesado por alguno que otro sendero tortuoso, son deliciosos. Una vez se entra en ellos importa fijar mucha atención en los pies del caballo tanto como en la propia cabeza, ya que se anda por un verdadero bosque virgen en que los árboles crecen y mueren entregados á sí mismos sin ninguna clase de cultivo. Forman un verdadero oasis compuesto de álamos, sauces, juncos, tamarindos y otros variados arbustos en los que anidan las graciosas tortolillas de la Siria. Una multitud de cantorasavecillas alegran con sus variados gorjeos los oídos, muy poco acostumbrados á estos conciertos en Palestina. Avanzando por el enmarañado sendero invadido por las armas, los juncos y las cañas, percíbese á poco el murmullo de las aguas del río sagrado.

Los belemitas se dirigen en peregrinación al Jordán buscando una naturaleza más risueña y escenas más consoladoras. Tan pronto como llegan los peregrinos preparan sus cabañas con cañas y ramas entrelazadas, á imitación de los hebreos en la fiesta de los Tabernáculos. Bajo estas chozas de follaje hacen su cena y reposan durante la noche. Al día de su llegada se confiesan á cielo descubierto, arrodillados en el suelo á los pies del confesor. ¡El día siguiente es el gran día! Al rayar el alba se construye una vasta tienda para la celebración de los divinos misterios, en el sitio mismo en donde Nuestro Divino Salvador recibió